



La parodia como elixir de humor: El caso de Maxwell Smart (Súper agente 86)

David Alejandro Díaz Méndez

CONCEBIR UN PROYECTO

Cuando el 18 de septiembre de 1965, la NBC se aventuró a transmitir el primer capítulo de la serie televisiva *Get Smart* (*Super agente 86*), nadie imaginó que nos encontraríamos frente a una de las más atinadas parodias sobre el cine de espionaje, que dio y continúa dando momentos de alegría a millones de personas, a pesar del desdén existente por la parodia como expresión mediática.

Entender el espíritu, la finalidad de una parodia resulta altamente complejo para intelectos sofisticados o para personalidades puristas; un número importante de “expertos” destroza, en el mejor de los casos, productos de este tipo, al considerar que se trata de un esfuerzo estéril, sin relevancia o aportación cultural alguna, condenando sin derecho a réplica y limitando el genuino derecho de todos a interpretar y disfrutar de lo que mejor nos convenga, esencia básica del libre albedrío.

Respetando percepciones, y sin intención de polemizar, bien vale la pena sustraerse a los parámetros pre establecidos para reconocer que en la realidad, la parodia en cualquiera de sus manifestaciones acaba por rendir homenaje a productos, ideas y personas que han dejado huella (lo que quiera que eso signifique) en la memoria del espectador. En este sentido, es evidente que durante los 5 años de transmisión de la serie se hizo referencia a cintas tan notables como *Casa Blanca* o *La ventana indiscreta*, hasta franquicias exitosas como la de James Bond.

Ante un contexto cada vez más complejo y problemático, la posibilidad de “escapar” por un par de horas de la realidad representa un respiro en medio de un ambiente

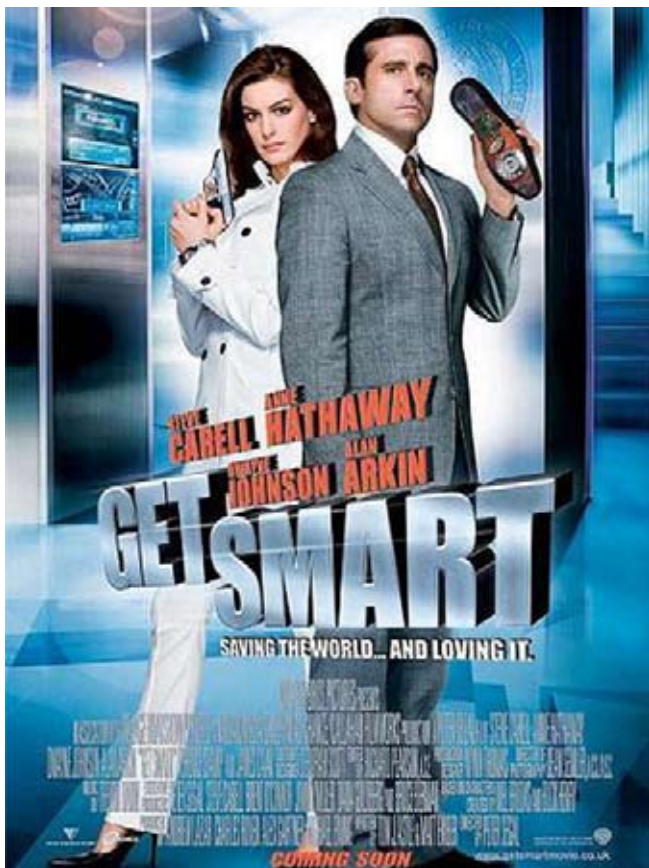
sofocante. Los medios electrónicos de comunicación, como instrumentos para la transmisión de mensajes, como escaparate de las distintas visiones de la realidad, se transforman en una opción, en un punto de fuga que ofrece al espectador una alternativa real para reencontrar sus más escondidas emociones.

El responsable de esta apuesta televisiva es nada menos que Mel Brooks, director, escritor y actor reconocido por la sistemática parodia que hace, no sólo de cintas consideradas referentes de género, sino de la propia sociedad norteamericana. Su particular interpretación de la realidad le ha ganado admiradores y detractores en todo el orbe mundial, para disipar dudas, bien puede analizarse su trabajo creativo en cintas tan atinadas como *Young Frankenstein* (1974), como otras no tan afortunadas, tal es el caso de *Dracula: Dead and loving it* (1985). Para verdaderos amantes de la representación burda e irónica de la interacción social, ampliamente recomendable su batuta e interpretación en la cinta *Life Stinks* (1991).

Brooks, aventurado como ha sido toda su vida, es también el artífice (al escribir y dirigir) de la popular y prestigiada puesta en escena *The Producers*, que tuviese su antecedente en la cinta del mismo nombre en 1968, y un re-make en 2005. Se trata de uno de los mejores generadores de comedia en la Unión Americana.

Con ese palmarés (aunque alguien pueda decir que no es gran cosa), es de suponer que identificó y proyectó el potencial de *Get Smart*, y optó por apostarle a un trabajo que refleja con mucha precisión el entorno hostil y absurdo del espionaje existente en la década de los sesenta.

El hilo conductor de cada capítulo era la serie de peripecias vividas por el agente Maxwell Smart, interpretado



por Don Adams (quien se estigmatizó en ese personaje y fue parte de él hasta su muerte en 2005). Se trataba de una antítesis de lo que usualmente conocemos como héroe, quién por si fuera poco, laboraba en la agencia de inteligencia *Control* (parodiando a la poco querida CIA), que solía identificar a sus agentes con números (cualquier similitud con el 007 parece coincidencia), Smart posicionó y llevó a las grandes ligas el número 86. La premisa fundamental era evitar a toda costa los esfuerzos de *Kaos* (equivalente a la KGB), por “conquistar el mundo” a través de personajes extravagantes cuyas artimañas y técnicas resultaban un festín para el espectador.

El resultado, una serie que logró, en 138 capítulos, posicionarse en un público que a pesar del paso del tiempo, siente añoranza por su torpe representante de la justicia. (Para bendición de muchos, algunos canales “del recuerdo” han retransmitido sus aventuras desde entonces).

DETALLES QUE MARCAN

Toda historia de agentes secretos conlleva ciertos privilegios, el más reiterado es la utilización de *gadgets* que facilitan el desempeño del espía, ayudándole a solventar las problemáticas más complejas y los peligros más temibles.

Sin duda, el más recordado por la inmensa mayoría es el *zapatófono*, artefacto de comunicación que consistía en la utilización de un zapato como auricular telefónico con el que Smart establecía contacto con su jefe (interpretado por Edward Platt), en los sesenta eso resultaba una maravilla, sin querer o queriendo, este instrumento sería una especie de premonición de lo que hoy conocemos como teléfono celular, el *zapa artefacto* ha sido “utilizado” mundialmente por personajes ajenos al ámbito de la farándula (¿Se acuerdan de José Saturnino Cardozo, goleador del Toluca?).

¿Qué sería de un agente sin un automóvil a su altura?, en esta materia, Smart contó con verdaderas joyas automovilísticas: Un Sunbeam Tiger Mark convertible, un Sunbeam Alpine, un Volkswagen Karmann Ghia y un Opel GT en 1969, el primero de ellos, en color rojo, representa el sueño de muchos, al final del camino es el más representativo de la serie.

¿Mujeres?, curioso, atípico al estereotipo tradicional del *charming spy* que conocemos, Smart no era precisamente un Casanova, por el contrario, su inseguridad controlada evitaba que consumiera vínculos con las damas que eventualmente le rodearon, salvo con una, *la 99* (no confundir con los Sopes de la 9, espacio gastronómico en la Avenida 9 en la Delegación Benito Juárez), compañera de aventuras

que, tras el cotidiano esfuerzo por acoplarse a su pareja laboral, soportando y enmendando cuanta inconsciencia se le ocurría al genio de Smart, eventualmente terminaría siendo su esposa.

De tan distinguida dama (interpretada por Barbara Feldon), nunca reveló su nombre, ni siquiera cuando contrae nupcias con Smart (referida entonces como la de *señora* Smart), si acaso en algún capítulo en el que es identificada como Susan Hilton, que después resultaría ser un alias. Para el anecdotario, dos fueron los números alternativos para identificar al personaje de Feldon; en algunas versiones periodísticas se rumoró que el originalmente pensado para la agente sería el de *la 69*, cuyas connotaciones sexuales fueron impedimento obvio en la decisión; el otro, *la 100*, porque ella era y daba el 100%, no obstante, *la 99* resultó para productores y cadena televisiva mucho más femenino.

EN RECUERDO DEL PASADO

Get Smart dejó la pantalla chica en el mes de septiembre de 1970, tras 10 años de ello en 1980, se produjo una cinta para remover un poco de polilla, titulada *The nude bomb* o *The Return of Maxwell Smart*, el agente 86 se ve obligado a luchar en contra de un loco (¡que raro!) de *Kaos* que amenaza con lanzar una bomba que destruirá toda la ropa del mundo, con tan solo 48 horas para impedir el “encueradero”, Smart logra que la agencia emergente de espionaje PITS (Provisional Intelligence Tactical Service) logre su cometido y evite el crimen. En esta cinta, no existe mancuerna con la 99 y no hay una sola referencia a su matrimonio. Para muchos pasó sin pena ni gloria en las salas cinematográficas.

En 1989, se concibió otra cinta, ahora para la televisión, *Get Smart, Again!*, en ella, Smart es reclutado de nueva cuenta para combatir a *Kaos*, ahora para evitar que una máquina afecte el clima del mundo, pero para ello, intenta

por todos los medios evitar que su esposa, la agente 99, se entere de que ha vuelto a las andadas. Como es de suponerse, esto resulta imposible y a media cinta ya encontramos a la pareja de antaño haciendo sus cosas para evitar una catástrofe mundial.

No conformes con estas dos películas, para el año de 1995, la cadena Fox apostó a un proyecto que intentó resucitar las viejas glorias (lo que la convirtió en la segunda serie en ser transmitida por cuatro cadenas diferentes; las temporadas 1 a 4 por la NBS, la quinta por CBS; una película para televisión en 1989 por ABC y este resurgimiento por Fox. La otra serie fue *Tom Corbett; Space Cadet*).

Bajo el nombre idéntico de *Get Smart*, la nueva versión logra reunir a los dos personajes principales, en ella,

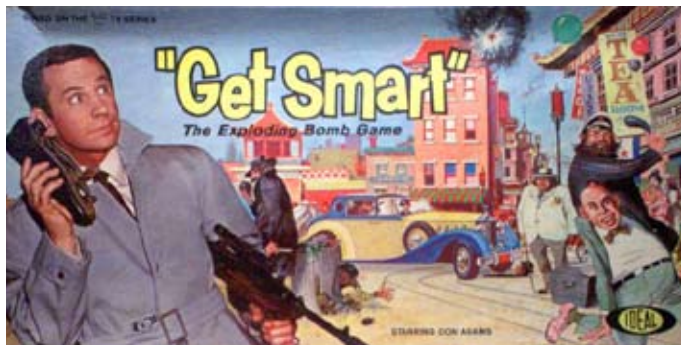
pudimos ver a un Maxwell Smart en calidad de jefe de *Control* y a su fiel esposa al lado, con el añadido de que el hijo de estos, Frankly, era quien corría con el peso de la historia en compañía de la agente 66 (Elaine Hendrix). La participación de Smart y 99 se limitó a la asignación de la orden de trabajo y la recepción de cuentas, lo que decepcionó a los fanáticos de la serie quienes hubiesen querido ver a sus héroes de manera más atrevida. El resultado,

una frustrada temporada que por la poca audiencia y las críticas fue sacada el aire después de tan solo 7 episodios al aire: Pilot, Casino Evil, Goodbye Ms. Chip, Shoot up the charts, Passenger 99, Wurst Enemies y Liver let die.

A pesar de todo, el simple hecho de reconsiderar el retorno de una franquicia resulta un elogio a la memoria y al recuerdo, muestra de que algo muy positivo debe tener.

VIGENCIA QUE SORPRENDE

A 13 años de la última incursión mediática de Smart, muchos vimos con buenos ojos el anuncio de una nueva versión cinematográfica, que respetaría el concepto de lo



visto en televisión, aunque con el natural ajuste en los protagonistas (Don Adam falleció, y aunque hubiese estado vivo, a los 85 años no habría tenido la versatilidad que el personaje exige).

La elección de Steve Carell resulta más que atinada, se trata de un tipo convincente que logra con cierta sobriedad generar esa “chispa” que acaba por hacer reír (revisar su trabajo en *The forty year old virgin*, 2005). Tras varios años de experiencia en cine y televisión, asumió el compromiso que representó ponerse en los zapatos de uno de los personajes emblemáticos en la televisión norteamericana.

Para el rol de *la 99*, la elección de Anne Hathaway cubre la expectativa de los más puristas, mostrando con esta cinta su capacidad interpretativa que le han llevado a ser desde una princesa para Disney, hasta una mujer aguantadora, frustrada y burlada en *Brokeback Mountain*.

La trama muestra los inicios de Smart en *Control*, relatando con bastante claridad sus días como analista de la agencia, la aspiración por convertirse en agente y el terrible conformismo ante la noticia de su jefe de que, aun habiendo pasado el examen para ser agente tras varios intentos fallidos, la oportunidad no vendría porque resultaba muy bueno en lo que hacía.

Para *Control*, la figura más representativa es el agente 23 (Dwayne Johnson), un prototipo de espía que empata con todos los clichés al respecto, fortachón, sangrón, engreído y con un alter ego que le auto sitúa en la cima del mundo.

Acto seguido, un *complot* (sin referencias de ningún tipo) de *Kaos* orilla al jefe (Alan Arkin) a tener que promover a Smart cumpliéndole su sueño, para lo cual tiene que compartir aventuras con una experimentada *99*, quién refunfuña cuando se entera que tendrá que compartir misiones con el poco experimentado *86*.

Para no quemar la trama, baste con decir que conforme se va desarrollando la historia, la química que logran ambos personajes logra, en momento, hacer olvidar a Feldon y Adams, mérito del director Peter Segal (*Nutty Professor 2*) quien consiguió una sinergia de gran nivel.

La cinta fue estrenada a finales de junio del año en curso, y fue bastante bien recibida, si se acepta la sugerencia, bien podrían hacerse algunas secuelas para complacer hasta a los más difíciles.

En nuestro país, adicionalmente, tendríamos que sentirnos afortunados, en tanto que la versión en español de la misma contó con la voz original de la serie televisiva, propiedad de Jorge Arvizu “el Tata”; este es el mayor acierto de los ejecutivos responsables, dado que el referente obligado es justo esa voz, otra en su lugar habría desconectado la imagen que del *86* se ha construido al pasar de los años. Sin sonar exagerado, es de esos casos en los que resulta mucho más atractivo ver la versión doblada al español que la original en inglés.

La forma en que se adaptan expresiones muy nuestras dan un tinte propio al trabajo del “Tata”, frases como *cruz, cruz, que se vaya el diablo y que llegue Jesús; lo probé cuando me hicieron el alcoholímetro; ese si fue un fregadazo*, por citar algunas, dan un toque chusco que provoca las carcajadas (a veces en exceso) de los cine maniacos.

En síntesis, esta parodia es un ejemplo de que la cultura tiene muchas facetas, una de ellas a través de la risa. Probemos un poco de este elixir de humor, ayudemos a conservar la memoria. •

DAVID ALEJANDRO DÍAZ MÉNDEZ es Director de Comunicación Social en la Coordinación General de Difusión en la Rectoría General de la UAM. Correo electrónico: dadm@correo.uam.mx

